

EL NO MÁS DESDE LA PERSPECTIVA TEÓRICA DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

MARTHA ROCÍO BALAGUERA CUERVO*

Fecha de Recepción: 15 de mayo de 2007

Fecha de Aceptación: 30 de mayo de 2007

RESUMEN

En este artículo, síntesis de la monografía que lleva el mismo nombre, se presenta un análisis de caso sobre el movimiento del No Más desde la perspectiva teórica de los movimientos sociales. Desencadenado a partir de los secuestros masivos cometidos en la primera mitad de 1999 por el ELN, y a pesar de sus antecedentes en el Movimiento Ciudadano por la Paz en los noventa, el No Más significó una transformación en el sentido de las acciones colectivas a favor de la paz en el país. Por lo tanto, su surgimiento, desarrollo y significado político constituyen un objeto de estudio relevante para la comprensión de las dinámicas que desde la sociedad civil han sido determinantes en la construcción de la noción hegemónica de paz.

La perspectiva elegida en este trabajo se fundamenta en los aportes de las teorías de los movimientos sociales, aunque existen dificultades para la aplicación de conceptos que frecuentemente han hecho referencia a movimientos de grupos sociales subordinados o con escasos recursos políticos y culturales. Desde una mirada crítica a los aportes teóricos mencionados, se discute la idea de que los movimientos sociales siempre favorecen la democratización en las sociedades contemporáneas. En cambio, se sostiene que los movimientos sociales promueven nociones que entran en la lucha por definir lo político, cuyo contenido democrático o antidemocrático es el resultado de esa lucha. Bajo este referente, se mencionan factores históricos y coyunturales que hicieron posible la constitución del No Más como movimiento social y se analiza la política cultural que este puso en marcha, más allá de las demandas puntuales de "cese al fuego", "respeto por la población civil" y "negociación ya". De esta manera, se llega a la conclusión de que lo que estaba en juego era la creación de una nueva lectura sobre la guerra y una propuesta diferente sobre la forma de lograr la paz. Desde la persuasión, y no desde la coerción, el movimiento contribuyó a la pérdida de legitimidad de la negociación como práctica política adecuada para lograr la paz, y a cerrar, paradójicamente, espacios para la participación de la sociedad civil en su construcción. El No Más es considerado, entonces, como un auténtico aunque atípico movimiento social.

* Politóloga de la Universidad Nacional de Colombia. Grado con Mención Meritoria otorgada a la monografía *El No Más desde la perspectiva teórica de los movimientos sociales*, dirigida por Múnera Ruiz Leopoldo.

Palabras clave: Movimiento del No Más, Movimiento Ciudadano por la Paz, movimientos sociales.

ABSTRACT

This article is a synthesis of the monograph with the same title and analyzes the case for the *No Más* movement from the theoretical perspective of social movements. Triggered by mass kidnappings carried out during the first half of 1999 by the ELN, and in spite of its precedents in the Citizens' Movement for Peace (Movimiento Ciudadano por la Paz) in the 1990s, the *No Más* signified a transformation in the meaning of collective actions on behalf of peace in Colombia. Therefore, its origins, development and political significance constitute a relevant object of study to understand ideas that have been key factors in building a hegemonic notion of peace from the civil society. The author maintains that social movements promote concepts that become part of the struggle to define the political sphere and whose democratic or antidemocratic content is the result of that struggle. She concludes that this process involves the creation of a new interpretation of the war and a different proposal on how to achieve peace.

Keywords: *No Más* Movement, Citizens' Movement for Peace (Movimiento Ciudadano por la Paz), social movements

INTRODUCCIÓN

Este artículo está basado en el trabajo que realicé como opción de grado en el Departamento de Ciencia Política de la Universidad Nacional de Colombia. Después de dos años y medio de haberlo presentado, los hechos asociados al fenómeno de la "parapolítica", y más que nada la permisividad de la sociedad colombiana frente a dicho fenómeno, rescatan la vigencia de un trabajo como este, entre cuyos planteamientos se encuentra la discusión del carácter democrático que *a priori* se suele otorgar a los movimientos sociales. No obstante haber sido una auténtica expresión de la sociedad civil –como se sostiene en estas páginas–, el movimiento del No Más tuvo como conquista principal la pérdida de legitimidad de la opción de paz negociada en Colombia, a la cual se había llegado como parte de un consenso nacional sobre la necesidad de avanzar hacia una paz más compleja, que no solo se tradujera en el fin de la confrontación armada. De igual forma, este movimiento terminó por deslegitimar las acciones sociales a favor de la paz en el país cuando estas no están alineadas con los planteamientos y acciones del gobierno.

Estos resultados han dado lugar a interpretaciones diversas sobre lo que significó el No Más en la vida nacional. Para algunos, se trató de una manipulación mediática que proyectó un sentido muy limitado de las verdaderas nociones sobre la guerra y la paz que estuvieron presentes en las movilizaciones de 1999. Para otros, el que la convocatoria se hubiera hecho desde la Fundación País Libre, significó desde el principio la

defensa de los intereses de clase del sector social más golpeado por el secuestro, y no una verdadera iniciativa ciudadana por la paz. Estos dos puntos de vista suponen que las personas que salieron a marchar fueron *utilizadas* y que los resultados de las movilizaciones eran contrarios a lo que la gente en realidad quería, esto es, la salida política y negociada al conflicto armado.

El propósito de este artículo es presentar una interpretación alternativa que indague acerca de los factores internos del No Más y de la construcción de nuevas nociones a partir del mismo. Para lograrlo, me he valido de algunos aportes de las teorías explicativas de la acción colectiva, aunque estas parten de algunos supuestos que no resultan aplicables en nuestro caso de estudio, como el rol democratizador de los movimientos sociales en las sociedades contemporáneas. En últimas, se propone analizar hasta dónde hubo un cambio en la cultura política, expresado en la forma de percibir la guerra, al punto de consolidar nuevos contenidos hegemónicos a partir de la modificación de los consensos y valores sociales al respecto.

Para comenzar, haré referencia a los antecedentes del No Más en el Movimiento Ciudadano por la Paz y describiré el clima de escepticismo que empezó a suscitarse respecto del proceso de paz entre el gobierno de Andrés Pastrana y las Farc, exacerbado con ocasión de los secuestros que el ELN llevó a cabo entre abril y junio de 1999. Posteriormente, abordaré los problemas teóricos que conlleva el estudio del No Más como movimiento social, tomando en cuenta las limitaciones y potencialidades que diferentes teorías ofrecen para su comprensión. Por último, esbozaré la propuesta analítica presente en la monografía que lleva el mismo título de este artículo, a fin de brindar una interpretación sobre lo que significó el No Más en la vida política del país.

1. ANTECEDENTES DEL NO MÁS

En los años noventa, se dieron dos dinámicas simultáneas y, en apariencia, contradictorias. Por una parte, el conflicto armado se intensificó y empezó a cobrar cada vez más víctimas entre la población civil. En el estudio de Fernán González, Ingrid Bolívar y Teófilo Vásquez, titulado *Violencia política en Colombia*, los autores expresan que la mayor incidencia de las acciones violentas sobre la población civil hizo parte de un círculo vicioso que ellos denominan “juego de espejos”, caracterizado por las continuas retaliaciones dirigidas contra la “supuesta o real base social” del enemigo, lo que hace idénticos a los actores armados en cuanto a los medios de guerra empleados, a pesar de las diferencias ideológicas que sustentan su accionar¹. Este juego de espejos, en el que se incluyen prácticas éticamente condenables como el secuestro, las masacres, el desplazamiento, el reclutamiento de menores y la desaparición, constituye una base real de degradación de la guerra que ocasiona el cansancio de la sociedad, más allá de la labor de

1 González, Fernán E., Bolívar, Ingrid J., y Vásquez, Teófilo. *Violencia Política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción del Estado*, Bogotá, Cinep, 2002, pp. 49-50.

interpretación que puedan llevar a cabo diferentes actores sociales, como los medios de comunicación, las autoridades, y las organizaciones y movimientos de la sociedad civil.

La otra dinámica tiene que ver con el incremento de las acciones colectivas a favor de la paz durante el mismo periodo. Entre 1991 y 1998, el Movimiento Ciudadano por la Paz fue una de las fuerzas sociales con mayor visibilidad en el escenario político colombiano, reconocida tanto por la “comunidad política”², como por la sociedad en general.

A continuación veremos cómo el No Más se origina en estas dos dinámicas y cómo en dicho movimiento la aparente contradicción que he mencionado tiende a resolverse en la deslegitimación del consenso básico de los noventa, esto es, en la pérdida de validez de la salida política y negociada al conflicto armado.

1.1. ORÍGENES EN EL MOVIMIENTO CIUDADANO POR LA PAZ

El Movimiento Ciudadano por la Paz representó un consenso mínimo de varios sectores sociales acerca de la necesidad de lograr la paz integral a través de la negociación entre el Estado y los grupos armados. Paz integral significaba ir más allá del fin de la “violencia directa”, que es sólo una parte de la guerra. Por consiguiente, incluía iniciar las reformas necesarias para ir resolviendo la “violencia estructural”, referida a las condiciones de exclusión social y económica y a la falta de posibilidades para tramitar los conflictos a partir de opciones institucionalizadas de ejercicio de la oposición, tanto como generar una pedagogía para la paz y un ambiente de reconciliación que permitiera resolver la “violencia cultural”³.

Dicho consenso tenía dos aspectos fundamentales. El primero, el reconocimiento del vínculo entre conflicto social y político, por un lado, y lucha armada por el otro. El segundo, el acuerdo sobre la necesidad de poner fin a la guerra, pero a la vez acabar con el esquema de exclusión socioeconómica y política tramitando las reformas necesarias mediante mecanismos democráticos e institucionales. Esto significaba intentar resolver contradicciones históricas que habían dado lugar a la radicalización de la protesta bajo la forma de *grupos armados al margen de la ley*, cuya dinámica estratégica, y bajo un esquema de guerra sucia promovida o tolerada por el mismo Estado, se degradaba cada vez más.

2 Mauricio Romero expone este concepto valiéndose del aporte de Juan Linz y Alfred Stepan, para quienes la comunidad política se define “como el conjunto reconocido de competidores por el poder, a los cuales se les acepta como legítima su aspiración de dirigir el aparato estatal”, Romero, Mauricio, “La política en la paz y la violencia” en *Análisis Político* No. 45, 2002, p. 64.

3 Esta tipificación de las violencias de Johan Galtung incluye: 1) La violencia estructural o raíz del conflicto, 2) la violencia cultural o metaconflicto, y 3) la violencia directa o conductas abiertamente violentas. Galtung, Johan. *Tras la violencia, 3R: reconstrucción, reconciliación, resolución: afrontando los efectos visibles e invisibles de la guerra y la violencia*, Bilbao, Bakeaz - Gernika Gogoratuz, 1998, p. 14-15.

A pesar de las tensiones internas del movimiento, este consenso básico permitió articular las luchas de diferentes sectores, pues, de una u otra manera, todos estaban siendo afectados por la *atrocidad* de la guerra. La diferencia en los motivos no debería legitimar los ataques a la población civil, vinieran de donde vinieran.

Mauricio Romero, en su artículo "Movilizaciones por la paz, cooperación y sociedad civil en Colombia", define esta articulación de luchas como "encuentros suma positiva", haciendo referencia, entre otras experiencias, a las marchas contra el secuestro y la desaparición forzada de 1996, en las que participaron las dos "tendencia[s] en que históricamente había estado dividida la sociedad civil colombiana", representadas en Redepaz y la Fundación País Libre. En este caso, un componente adicional del consenso fue posible: las víctimas de una y otra trasgresión a los derechos fundamentales de las personas estaban en una situación de desprotección por parte del Estado, con independencia de la "desigualdad social de la que partían"⁴.

En "El rostro oculto del Movimiento Ciudadano por la Paz: encrucijada o alternativa", Diego Escobar y Karin Rodríguez muestran cómo, a pesar de las tensiones presentes en el movimiento, hubo un proceso de construcción de identidad, que permitió a su vez ubicar como principal oponente al Estado. Ellos caracterizan las etapas del Movimiento Ciudadano por la Paz teniendo como referente interpretativo la "estructura de oportunidad política", bajo la cual "los cambios producidos en el Estado han creado alteraciones en este movimiento ciudadano, pero a su vez y de manera relacional, el papel de este movimiento debe ser el de provocar cambios—dadas las oportunidades políticas— en la estructura del Estado"⁵. Es decir, el consenso básico permitió aglutinar diferentes intereses, pretendiendo de ahí en adelante aprovechar "las señales consistentes del entorno político"⁶ para incidir en el mismo. De esta manera, las etapas del movimiento denotan, respectivamente, un proceso de construcción de identidad entre 1993 y 1996 y, posteriormente, una iniciativa para presionar la construcción de una política permanente de paz entre 1997 y 1998⁷.

Sin embargo, los movimientos sociales no solamente hacen uso de oportunidades y recursos; en ocasiones los desaprovechan y en otras los crean. Por ello no sorprende que la sociedad civil haya "[delegado] en la mesa de negociación el pacto de paz" durante los diálogos entre el gobierno de Andrés Pastrana y las Fuerzas Armadas

4 Romero, Mauricio. "Movilizaciones por la paz, cooperación y sociedad civil en Colombia", en *Movimientos sociales, Estado y democracia en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2001, p. 405 - 440.

5 Escobar, Diego y Rodríguez Karin, 2001. "El rostro oculto del movimiento ciudadano por la paz: encrucijada o alternativa", en *Controversia*, No. 179, segunda etapa (diciembre), Bogotá, Cinep, p. 45-73.

6 Tarrow, Sidney. *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza Editorial, 1997, p. 49.

7 Escobar, Diego y Rodríguez, Karin. Op. cit., p. 45-73.

Revolucionarias de Colombia, Farc⁸, mientras que el sector del movimiento representado por País Libre creaba nuevas oportunidades para transformar la distribución de “hegemonías parciales circunscritas al campo ocupado por el movimiento”⁹.

En efecto, la denuncia contra el secuestro empezó a hacerse más visible que las que aludían a las atrocidades de la guerra imputables al Estado y los paramilitares. Al mismo tiempo, la *política cultural* del Movimiento Ciudadano por la Paz en la etapa del No Más se fue transformando, empezando a evidenciar un quiebre en el consenso de los noventa. En esta medida se hizo evidente, como ha sido analizado por Piotr Sztompka, que existe una íntima relación entre los cambios que se producen en el interior del movimiento y los cambios generados en la sociedad¹⁰. Dicha ruptura significó una transformación del sentido de la acción colectiva, que a partir de entonces desconocería las causas históricas de la guerra en Colombia y la validez de la negociación política de la paz integral.

Por una parte, el acto de delegación del pacto de paz, correlativo al modelo “bilateral y de cúpula”¹¹, hizo que se afianzara un papel marginal de la sociedad civil en el proceso de negociación de la paz y de las que se consideraban como transformaciones sociales necesarias. Era una división del trabajo que atribuía a la sociedad civil el “papel de presionar”, y a la guerrilla y al gobierno el “papel de negociar”¹², por lo demás en medio de la confrontación. En este sentido, el movimiento no lograba revalorizar el papel de la sociedad civil en la toma de decisiones fundamentales, para garantizar, como era su propósito, que la política de paz no estuviera limitada a la voluntad política de los sucesivos gobiernos.

Los logros del movimiento en los años anteriores al gobierno de Pastrana habían sido la confluencia de sectores que ya he mencionado y la ampliación del debate sobre la construcción de la paz en Colombia, pues a través del Mandato Ciudadano por la Paz, la Vida y la Libertad, validado con el voto de diez millones de ciudadanos, se había hecho hegemónica en el campo de lo social la idea de la negociación de la paz, la demanda de justicia social y el clamor por el fin de la atrocidad.

El arraigo de estas nociones hacía que la comunidad política no pudiera desconocer la centralidad de la construcción de la paz en la vida política del país, produciéndose la

8 Entrevista a Camilo González Posso, septiembre 24 de 2004.

9 Múnera Ruiz, Leopoldo. *Rupturas y continuidades. Poder y movimiento popular en Colombia 1968 - 1988*, Bogotá, IEPRI - Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Colombia - CEREC, 1998, p. 60.

10 Sztompka, Piotr. “Los movimientos sociales como fuerzas de cambio”, en *Sociología del cambio social*, Madrid, Alianza Editorial, 1995, pp. 307-308.

11 González Posso, Camilo. *Hacia el 2006: Las encrucijadas de paz y guerra*, 2002. Disponible en www.indepaz.org.co. La primera versión de este artículo fue consultada en www.viaalternativa.com.co

12 Entrevista a Ana Teresa Bernal, directora de Redepaz, septiembre 15 de 2004.

reacomodación del discurso de los candidatos en la coyuntura electoral presidencial de 1998 y el ulterior inicio del proceso de negociación¹³. En este sentido, el movimiento lograba introducir transformaciones en el contexto institucional, a pesar de que tanto guerrilla como gobierno hubieran llegado a la mesa como táctica para el fortalecimiento militar, y no como resultado de una verdadera voluntad de paz¹⁴.

Al mismo tiempo, los actores armados empezaron a constituirse en oponentes del movimiento, lo cual se manifestó en las transformaciones discursivas del mismo. Por ejemplo, como se analizará más adelante, en el No Más el secuestro dejó de ser concebido como el resultado de una situación de desprotección por parte del Estado, para constituirse en el argumento de condena a la guerrilla.

Entretanto, los conceptos contenidos en el Mandato seguían siendo el punto sobre el que se apoyaban las movilizaciones sociales. Entonces, con ocasión de los secuestros masivos realizados por el Ejército de Liberación Nacional, ELN, en las marchas regionales sucedidas entre junio y octubre de 1999, y en la Gran Marcha Nacional del No Más del 24 de octubre del mismo año, aparecerían como consignas principales las de “cese al fuego”, “negociación ya” y “respeto por la población civil”.

Al parecer, las marchas del No Más eran otra “aplicación del Mandato por partes”¹⁵, que ya se venía realizando desde 1996 con las marchas contra el secuestro y la desaparición forzada. Aunque el voto por la paz, la vida y la libertad se realizó el 26 de octubre de 1997, desde 1994 ya se venía trabajando en su construcción con eventos como el Mandato de los Niños por la Paz, el cual contó con 2.700.000 votos, y las marchas a las que se ha hecho referencia, en las que participaron cerca de 700.000 personas¹⁶.

Pero la coyuntura política hizo que se rompiera el equilibrio de experiencias anteriores. En palabras de Francisco Santos, líder más visible del No Más, el movimiento se propuso “[configurar] una sociedad civil con capacidad de reacción frente a cada acto violento, y así lograr credibilidad y respeto frente a todos los actores armados”¹⁷ y, dado que en ese momento el secuestro era el fenómeno más visible, esa capacidad de reaccionar produjo la polarización en el seno del hasta entonces Movimiento Ciudadano por la Paz.

1.2. GUERRA Y PAZ EN COLOMBIA EN LA COYUNTURA POLÍTICA DE 1999

La polarización no solo se presentaba en el movimiento. Retomando nuevamente a Sztompka, cabe decir que los movimientos sociales no son condición suficiente para

13 Entrevista a Ana Teresa Bernal, septiembre 15 de 2004.

14 Entrevista a Camilo González Posso, septiembre 24 de 2004.

15 Entrevista a Ana Teresa Bernal, septiembre 15 de 2004.

16 Fuente: www.geocities.com/EnchantedForest/Creek/8238/index.htm, página web del Movimiento de los Niños por la Paz.

17 El Nuevo Siglo. Colombia una vez más se manifiesta, octubre 17 de 1999, p. 8.

que se produzca un cambio social¹⁸. Inclusive, los orígenes de la multitudinaria convocatoria que logró el No Más también deben buscarse en la coyuntura nacional en la que este movimiento se inscribió.

En primer lugar, las élites estaban divididas entre los pocos que respaldaban al presidente Andrés Pastrana y los que se oponían a causa de las excesivas “concesiones unilaterales”¹⁹ otorgadas a las Farc en el curso del proceso de paz. Esta causa de la oposición tenía como fundamento fáctico la renuencia de las élites a la negociación de las reformas económicas y sociales que implicaba el esquema de pacto de agenda, como se corroboró con la negativa del gobierno a comprometerse con la firma de un acuerdo para el subsidio al desempleo²⁰.

Ello no quiere decir que no hubiera prepotencia y negligencia por parte de las Farc, más allá incluso de la ausencia del jefe guerrillero Manuel Marulanda en la inauguración de los diálogos. Desde la “inflexibilidad en temas humanitarios”, hasta el secuestro y asesinato de los indigenistas norteamericanos el 9 de marzo de 1999, la guerrilla de las Farc “contribuyó a enrarecer el ambiente”²¹, dando argumentos de peso a los opositores y disminuyendo el respaldo de la comunidad internacional al proceso, en particular el de los Estados Unidos, lo que se constituía en una presión adicional sobre el gobierno para que se diera el cese de hostilidades como condición de continuidad de los diálogos.

De igual forma, la zona desmilitarizada empezó a ser vista como el soporte del incremento del poder económico y militar de las Farc. Este desprestigio fue un aspecto muy importante que redujo la aceptación de la opinión pública al liderazgo del presidente y al proceso de paz.

Por su parte, la decisión de negociar en medio de la guerra, se traducía en mayores demostraciones de la capacidad militar tanto de la guerrilla como del Estado. En las Farc, dicha capacidad se concretó en el incremento de las tomas a poblaciones y de los secuestros políticos y económicos. Por parte del Estado, se evidenció en el ensanchamiento del gasto militar, en gran parte con los recursos del Plan Colombia. El hecho es que para la sociedad no era coherente que se estuviera negociando la paz, mientras lo que se percibía de forma cotidiana era la escalada de la guerra.

Por último, es necesario mencionar, en los términos de Mauricio Romero, la “descentralización de la coerción estatal hacia las autodefensas y paramilitares”, consolidada

18 Citado en: Balaguera Cuervo, Martha Rocío. *El No Más desde la perspectiva teórica de los movimientos sociales*, trabajo de grado, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, Departamento de Ciencia Política, 2004, p. 25, nota al pie No. 7.

19 El Espectador. *Que marche la negociación*, octubre 24 de 1999, p. 8-A.

20 González Posso, Camilo (2002). Op. cit.

21 *Ibid.*

hacia el final del de los años noventa²². La perversa división del trabajo entre los paramilitares y el aparato militar estatal que se había iniciado en los años ochenta, había ido despojando a este último de su responsabilidad, por ejemplo, en las masacres y asesinatos selectivos con motivaciones políticas. Este aspecto fortalecía la percepción de que la guerra se estaba librando entre guerrillas y paramilitares, mientras que el Estado aparecía como un tercero que se limitaba a defender la institucionalidad legítimamente constituida y no como una fuente adicional de violencias que afectaban a la población civil.

Sin embargo, las denuncias ciudadanas sobre la complicidad entre los grupos paramilitares y las fuerzas armadas del Estado fueron una constante del debate político de los noventa. Incluso en el Congreso se incorporó como uno de los puntos más álgidos del debate. Finalmente, las Farc también lo emplearon como argumento para condicionar la continuidad de los diálogos.

Ante esta situación, el gobierno de Andrés Pastrana respondería con la decisión de limpiar la imagen del Estado colombiano, proponiéndose elevar su efectividad como garante de los Derechos Humanos y del Derecho Internacional Humanitario, lo que “se inscribió en una dinámica competitiva con los grupos guerrilleros por ganar el respaldo internacional, en la medida en que ello cada vez adquiriría mayor peso político como punto determinante de la correlación de fuerzas que se esperaba consolidar de cara a la negociación”²³.

En este contexto, era comprensible el cambio de oponente en la transición del Movimiento Ciudadano por la Paz al No Más. Ante el incremento de las atrocidades de la guerra, las demandas ciudadanas se dirigían principalmente a los actores armados ilegales y no al Estado.

En resumen, la renuencia de las élites a la negociación de las reformas, la falta de voluntad de las partes en los diálogos, la falta de control sobre la zona desmilitarizada, y el hecho de negociar en medio de una guerra que afectaba cada vez más a la población civil, eran factores reales que contribuían a socavar la legitimidad del proceso de paz entre el gobierno y las Farc, por lo que cabe cuestionar si las marchas del No Más se enmarcaban aún en el consenso del Mandato Ciudadano por la Paz, la Vida y la Libertad, en el sentido de reconocer la validez de una salida política y negociada al conflicto armado.

A pesar de las valoraciones de los gestores del Mandato, la política cultural del No Más no solo desequilibraba la visibilidad de los diferentes sectores presentes en el movimiento, sino que transformaba el sentido de la acción colectiva, alineándose con las posturas conservadoras más reacias a la negociación de la paz. Como se explica más

22 Romero, Mauricio (2001). Op. cit., pp. 66-70.

23 Balaguera Cuervo, Martha Rocío (2004). Op. cit., p. 148.

adelante, la política cultural del No Más no se encontraba en el discurso explícito de los líderes ni en las consignas elegidas para las movilizaciones: esta surgía de una compleja articulación del contexto, las reivindicaciones, la identificación de los adversarios del movimiento y la responsabilidad que le era atribuida a los actores armados frente a las injusticias de la guerra, por oposición a la legitimidad y legalidad que se reconocía en las actuaciones del Estado.

1.3. LOS SECUESTROS MASIVOS DEL ELN DESENCADENAN EL NO MÁS

En la coyuntura política de 1999 otro actor sería determinante. El proceso de paz no solo había significado un rol secundario para la sociedad civil y la incapacidad de dar trámite a las reformas que darían cuerpo a la paz integral. Del mismo modo, no condensaba la complejidad de las contradicciones de la guerra; por ejemplo, el ELN y los paramilitares habían quedado al margen de la negociación.

Con respecto a los paramilitares, su marginalidad hizo que también desde este ámbito se configurara un discurso contrario al proceso de paz con las Farc. Ya para ese momento, el jefe paramilitar Carlos Castaño había desplegado una estrategia discursiva para lograr el reconocimiento político de las Autodefensas Unidas de Colombia, AUC, lo que contó con el concurso de los medios de comunicación nacionales. Tal estrategia pasaba por el señalamiento a las Farc como actor terrorista, ante el cual era legítimo defenderse.

Por su parte, el ELN consideró que debía presionar militarmente un tratamiento igual al otorgado a las Farc, pues el fracaso de las conversaciones con el gobierno había sido evidente en las rondas de febrero de 1999 realizadas en Caracas, Venezuela, lo que se agravaba con la oposición de los pobladores al despeje de cuatro municipios del sur de Bolívar, como había sido solicitado por el grupo guerrillero.

En respuesta al desconocimiento del gobierno, el ELN dio inicio a una serie de acciones que comenzaron con la toma del municipio de San Francisco en Antioquia y prosiguieron con el secuestro de cuarenta y un pasajeros del avión comercial de Avianca cuando volaba entre Bucaramanga y Bogotá, el de ciento setenta fieles católicos que se encontraban en la Iglesia La María al sur de Cali, y el de nueve personas que practicaban la pesca deportiva en un club al sur de Barranquilla.

Pero acaso el ELN no previó que su demostración de fuerza habría de constituirse en uno de los mayores obstáculos para uno de sus propósitos, a saber, la realización de la Convención Nacional, y para la continuidad del proceso de paz con las Farc, en marcha en ese momento. Ahora el desconocimiento del gobierno no solo era manifiesto, sino también legítimo.

Puesto que se trató de hechos de violencia directa contra la población no combatiente, empleados como táctica de guerra, la sociedad civil debía pronunciarse, como en realidad lo hizo. Las movilizaciones del No Más eran por tanto un llamado a la conciencia de la sociedad colombiana; representaban la voz de ciudadanos y ciudadanas

en contra de estas y otras injusticias, y en el contexto en que surgían se dirigían a condenar prioritaria, aunque no exclusivamente, a la guerrilla.

2. COMPRENDIENDO EL NO MÁS A PARTIR DE LAS TEORÍAS DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

¿De dónde surge, entonces, el interés por abordar este fenómeno a partir de las teorías sobre los movimientos sociales? En primer lugar, en el No Más fue visible un nuevo actor colectivo; un actor no popular, ni marginal, que no encuentra como oponente al Estado, pero que tampoco se propone su inclusión en el mismo. Un actor que no se define por la carencia de recursos y que no pone en marcha el potencial democratizador frecuentemente atribuido a los movimientos sociales en las sociedades contemporáneas. De ahí, esta otra pregunta: ¿Por qué sectores con recursos culturales y políticos diferentes a la acción colectiva, deciden hacer uso de esta para movilizar sus demandas?

En segundo lugar, han sido reiteradas las críticas al No Más por no haber expresado la complejidad de las necesidades sociales de paz sino los intereses de las clases dominantes en franca alianza con los medios de comunicación. Esta apreciación supone que los marchantes fueron engañados, pues mientras que su anhelo era de paz, lo que se demostraba en los discursos de los líderes de las movilizaciones y en las reseñas de los noticieros fue el sí tácito a la guerra.

Así mismo, dicha incapacidad de expresar la complejidad de las necesidades sociales de paz, ha sido atribuida, desde otra mirada, al hecho de que el No Más fue solo una de las movilizaciones realizadas en el marco del Movimiento Ciudadano por la Paz, precisando, no obstante, que en esa oportunidad “la oligarquía se robó los créditos del esfuerzo”²⁴.

En tal sentido, algo que desalentaría el propósito del abordaje del No Más como movimiento social iría en la misma vía de la advertencia hecha por Sidney Tarrow, reconocido investigador y teórico de los movimientos sociales, para quien “no todo lo que se mueve es movimiento”²⁵.

En consecuencia, es necesario ahondar en las dinámicas políticas y culturales que puso en juego el No Más, las cuales, aunque se alejen de las experiencias típicas de los viejos y nuevos movimientos sociales, conducen a repensar el papel de la sociedad civil en la construcción de lo hegemónico, dado que en ese proceso no solo son protagonistas los elementos dominantes²⁶.

24 Romero, Mauricio (2001). Op. cit., p. 430.

25 Tarrow, Sidney (1997). Op. cit., p. 369.

26 Ver la referencia al texto de Mauricio Archila en: Balaguera Cuervo, Martha Rocio (2004). Op. cit., p. 60.

Por último, si la decisión es emprender este recorrido analítico acerca del No Más, se hace obligatorio señalar las limitaciones y potencialidades explicativas de las teorías contemporáneas sobre la acción colectiva, pues se trata de un movimiento muy singular, que controvierte gran parte del acumulado académico con el que hoy en día contamos para comprender este tipo de fenómenos sociales.

2.1. EL OPTIMISMO FRENTE A LA ACCIÓN DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES: LIMITACIONES PARA ABORDAR AL NO MÁS

Como enunciaba anteriormente, los movimientos sociales han sido leídos por el mundo académico, generalmente como fuerzas sociales subordinadas. Ello se ha traducido, la mayoría de las veces, en un optimismo del sujeto investigador sobre la capacidad transformadora del sujeto investigado, en la línea de ampliar la participación y la democracia.

En Colombia, los balances teóricos elaborados por Leopoldo Múnera²⁷ y Mauricio Archila²⁸ permiten identificar una amplia gama de teorías que, al proponerse definir la característica que diferencia a los movimientos sociales de otras formas de acción colectiva, ~~asumen una valoración priorística más propia del~~ *deber ser* que del *ser* de los movimientos sociales.

De este modo, el énfasis en aspectos como la condición o la esencia de los actores presentes en el movimiento, el alcance del cambio social pretendido, la existencia de un conflicto o una contradicción como determinantes de su surgimiento y el factor que permite el paso de la acción individual a la acción colectiva, tienden a cerrar el universo de los movimientos sociales susceptibles de ser analizados²⁹.

Por lo tanto, pareciera no existir un paradigma que permita indagar sobre el significado político de un movimiento como el No Más. No obstante, algunos aportes conceptuales han dejado preguntas formuladas y algunas referencias explícitas a la existencia de movimientos que discuten el hecho de dar un “aplausos acrítico a las virtudes de la sociedad civil”³⁰.

Se encuentra, por ejemplo, el significado de lucha política aportado por Norbert Lechner. Para este autor, “la lucha política es siempre también una lucha por definir la

27 Múnera Ruiz, Leopoldo, (1998). Op. cit., p. 23-84.

28 Archila Neira, Mauricio. Poderes y contestación (reseña teórico-metodológica), en: *Controversia*, No. 173, segunda etapa (diciembre), Bogotá, Cinep, 1998, p. 29-56.

29 El análisis de cada uno de estos puntos se encuentra desarrollado en el subcapítulo 1.4. “Los movimientos sociales como forma de acción política” en Balaguera Cuervo, Martha Rocío, 2004. Op. cit., p. 63-82.

30 Álvarez, Sonia E., Dagnino, Evelina y Escobar, Arturo. Lo cultural y lo político en los movimientos sociales latinoamericanos, en *Política cultural y cultura política. Una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos*, Bogotá, Taurus – ICANH, 2001, p. 40.

concepción predominante de lo que se entiende por política”, lo cual necesariamente remite al estudio de la cultura política³¹. Esta perspectiva es compartida por Sonia Álvarez, Evelina Dagnino y Arturo Escobar, quienes afirman que los movimientos sociales son determinantes en la reafirmación o cuestionamiento de las culturas políticas dominantes de una sociedad³².

Estas ideas sobre la cultura política constituyen los conceptos centrales sobre los que se apoya la caracterización del No Más desde la perspectiva teórica de los movimientos sociales. En los orígenes del movimiento fue determinante la base organizativa y simbólica del Movimiento Ciudadano por la Paz y las relaciones de cooperación entre sectores sociales disímiles que este posibilitó. Pero, en un momento posterior, la ruptura se dio ante todo por la nueva orientación de sentido de la acción colectiva y no por la decisión de separación de los actores con raigambre popular o discurso civilista, quienes ya anticipaban en las movilizaciones de 1999 mayores costos y menores beneficios. Es decir, lo que permite dilucidar el origen de un nuevo movimiento en el No Más fue el cuestionamiento a la cultura política dominante hasta ese momento, esto es, la de favorabilidad a la negociación de la paz integral, porque a pesar de que desde arriba la división de las élites ya tendía a resolverse en el predominio de la opción de fuerza, ello no necesariamente tenía todavía el respaldo de la sociedad.

2.2. PROPUESTA DE ANÁLISIS

Generalmente, un movimiento social parte de una percepción subjetiva sobre la existencia de un conflicto o contradicción en uno o varios campos sociales e involucra una decisión de actuar colectivamente. En un movimiento se da un proceso social en el que un sector de la sociedad civil se organiza para la acción política y los actores sociales y políticos presentes en el movimiento hacen su incursión en el terreno de lo público buscando impedir, retardar, promover o acelerar el cambio social, poniendo en marcha una política cultural que actúa sobre las nociones hegemónicas de una sociedad³³. Esta propuesta de definición se puede desagregar como sigue, en el marco del propósito que nos ocupa.

Como se ha dicho, los actores del No Más consideraron necesario reaccionar frente a los actos violentos de los grupos armados cuyas víctimas eran principalmente civiles. En el momento de decidir actuar colectivamente, las tensiones y prevenciones por la ruptura del equilibrio, tenían como contrapartida el imperativo ético de pronunciarse repudiando hechos explícitos de violación a los derechos fundamentales de las personas, en particular el derecho a la libertad vulnerado por el ELN en los secuestros ocurridos entre abril y junio de 1999.

31 Lechner, Norbert. “La democratización en el contexto de una cultura posmoderna”, en *Revista Foro*, No. 14, Bogotá, 1991, 63.

32 Álvarez, Sonia E. *et al.* (2001). *Op. cit.*, p. 27.

33 Balaguera Cuervo, Martha Rocío (2004). *Op. cit.*, p. 32.

Si bien la noción de *guerra contra la sociedad*³⁴ ejercida por los actores armados ya empezaba a tomar fuerza, la sociedad civil todavía no tenía la voluntad de protestar, como un acto de defensa propia, frente a oponentes que no fueran identificables en el Estado. Se trataba, pues, de un agravio que el movimiento en gestación percibía y que daría origen a un nuevo encuentro de sectores sociales contrapuestos, pero con un acumulado de cooperación no desdeñable.

Empezó entonces el proceso social de organización y movilización. Bajo el liderazgo de la Fundación País Libre y el Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Paz, Indepaz, organización que ejercía la Secretaría Técnica del Mandato Ciudadano por la Paz, la Vida y la Libertad, los colombianos fueron citados a las marchas regionales del No Más, las cuales culminarían con la Gran Marcha Nacional del 24 de octubre de 1999. Entre junio y octubre, millones de personas se movilizaron coreando las consignas elegidas por los líderes del movimiento.

Sin embargo, aun cuando las consignas explícitas de las movilizaciones eran “cese al fuego”, “negociación ya” y “respeto a la población civil”, todas ellas en aplicación del Mandato, el desarrollo de los hechos dio cuenta de una situación mucho más central que estaba en juego: *la guerra contra la indiferencia*³⁵. En todo movimiento social, la búsqueda de solidaridades en un grupo poblacional más amplio es esencial para dar mayor fuerza y legitimidad a sus reivindicaciones, construir alianzas y generar mayor presión sobre las autoridades y oponentes³⁶. Pero en el No Más, el propósito de consolidar una capacidad de reacción en la sociedad frente a las acciones violentas, no fue concebido como un instrumento, sino como un fin en sí mismo. El propósito principal del movimiento era desencadenar de forma permanente la movilización de la sociedad, insensibilizada por la cotidianidad de las manifestaciones de la guerra. Este aspecto permitiría visualizar los motivos que llevaron a la Fundación País Libre y a su líder Francisco Santos, a optar por repertorios de lucha históricamente empleados por sectores subordinados.

Quizá este sector hubiera podido continuar con campañas para señalar que todos los colombianos son *secuestrables* y generar así una mayor visibilidad de sus demandas. Pero los líderes decidieron poner en marcha un movimiento, ir más allá del reclamo por aspectos puntuales como el endurecimiento de penas para quienes cometan el delito del secuestro, entrar en el espacio de lo público, no referido a lo estatal, sino, en palabras de Leopoldo Múnera, a lo que “[tiene] como fundamento de legitimación a la comunidad”³⁷, y disputar el poder de interpretar la guerra y proponer una vía para resolverla.

34 Pécaut, Daniel. *Guerra contra la sociedad*, Bogotá, Espasa, 2001.

35 *Ibid*, pp. 131-141.

36 Tarrow, Sidney (1997). Op. Cit., p. 215.

37 Múnera Ruiz, Leopoldo, “La tragedia de lo público”, en: *Trans Revista de la Sede Bogotá*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2001, p. 238.

El clima de polarización en el seno de la comunidad política respecto del apoyo o la reprobación del proceso de paz en curso entre el gobierno de Andrés Pastrana y las Farc servía como ambientación del momento político nacional. En este contexto, el contenido del voto por la paz adquiría nuevos significados. La consigna de cese al fuego coincidía con la postura gubernamental de reformular el esquema de negociación en medio de la confrontación. En palabras de Camilo González Posso, el curso de los hechos dio cuenta de dos modelos de negociación contrapuestos, resumidos en la frase “cambios antes de la firma de un tratado de paz, versus tratado de paz para disputar los cambios”³⁸, atribuido este último al gobierno.

En tanto, era poco probable que las Farc accedieran a un cese al fuego; a la larga se trataba de una contradicción irresoluble del proceso, que alimentaba las críticas de las élites al desgobierno de Andrés Pastrana, y las del grupo guerrillero a la falta de voluntad política del presidente y las élites para la elaboración de las reformas.

Por su parte, la exigencia que hiciera el movimiento de una negociación inmediata entre el gobierno y el grupo guerrillero validaba de forma tácita la marginalidad de la sociedad civil en el proceso de negociación política de la finalización de la guerra, lo que contribuía a debilitar al Movimiento Ciudadano por la Paz, mientras que quizá aquí se encontraba la oportunidad política primordial para la continuidad y fortalecimiento de este movimiento.

A pesar de la acelerada pérdida de apoyo al proceso de paz por parte de las autoridades civiles y militares, la sociedad todavía creía en la negociación como proceso político adecuado para el logro de la paz en Colombia³⁹. Pero al decir “negociación ya”, se otorgaba la responsabilidad a otros de dar respuestas a las necesidades ciudadanas.

Finalmente, la demanda de respeto a la población civil se tradujo en el solo rechazo al secuestro, lo que produjo la división de los sectores que hasta entonces habían estado contenidos en el Movimiento Ciudadano por la Paz. Había un impedimento ético y una incapacidad práctica para que organizaciones como Redepaz expresaran abiertamente su escepticismo frente a las movilizaciones del No Más⁴⁰.

El potencial de movilización creado en los noventa, se desplegó de forma impredecible en las marchas. Aunque el secuestro no afectara a todos los sectores de la población, la capacidad de convocatoria del movimiento rebasó las connotaciones de clase. Sin embargo, para algunos actores, “la gente que marchó no era del No Más”⁴¹. Esta consideración parece verificarse en la diversidad de reivindicaciones que se expusieron en las movilizaciones a nivel regional y nacional. En efecto, allí se hicieron presen-

38 González Posso, Camilo (2002). Op. cit.

39 Entrevista a Ana Teresa Bernal, septiembre 15 de 2004.

40 Ídem.

41 Ídem.

tes “los sectores que sufren distintas formas de violencia como el desempleo, la pobreza, los despidos, un familiar secuestrado, la pérdida de vivienda, el reclamo de los docentes por recursos para la educación y los campesinos desplazados”⁴². Así, la crisis generalizada por la que atravesaba el país, se hacía presente en las demandas ciudadanas que eran visibilizadas en el marco del movimiento del No Más.

Lo anterior no contradice el hecho de que la mayoría de los marchantes hubieran estado motivados por rechazar el secuestro, pero sí revela la estrechez de la política cultural del movimiento para articular las numerosas expectativas y luchas sociales que se hacían presentes en aquel espacio. No se logró una retroalimentación de las bases hacia los líderes, tal vez porque, para ese entonces, el sentido de la acción ya se había restringido, limitando al mismo tiempo el sentido de paz que se proponía, como un hecho que solo incluía el “silenciamiento de los fusiles”⁴³.

Precisamente aquí se sostiene que este desconocimiento no era accidental, sino parte del proceso de construcción del sentido de la acción colectiva, debido a que un movimiento social, en este caso el No Más, no se limita a ser *consumidor* de los *sobreentendidos o predisposiciones culturales* acerca del carácter injusto de la guerra. Por encima de todo, desde este se realiza una labor *productora* de nuevas interpretaciones sobre tales injusticias.

Para analizar este punto, he tomado el concepto de “enmarcado” de Sidney Tarrow. Este autor define la función consumidora de sobreentendidos culturales como la “formación del consenso”, la cual “es resultado de la convergencia espontánea de significados en las redes y subculturas sociales, y tiene lugar al margen de cualquier control”. Por su parte, la labor productora es la “movilización del consenso”, que “consiste en intentos deliberados de difundir los puntos de vista de un determinado actor social entre los estratos de una población”⁴⁴. Y es en la movilización del consenso donde tiene lugar el enmarcado, que es “la actividad [...] [de] inscribir agravios en marcos globales que identifican una injusticia, atribuir la responsabilidad de la misma a otros y proponer soluciones”⁴⁵.

Por ejemplo, en relación con las jornadas de resistencia civil organizadas en febrero de 2002 frente a los atentados contra la infraestructura pública, Diego Escobar ha ilustrado cómo el marco global en el que inscriben la injusticia sus promotores no está constituido por el reclamo de paz, sino por la necesidad de expresar que la ciudadanía, como una forma de reconocer la legitimidad del Estado y respaldarlo en su decisión de cerrar las posibilidades de negociación con la guerrilla, “no [se somete] ni [cede] ante la presión de quienes utilizan métodos violentos”. Es esta una forma de reconocer la

42 El Tiempo. *Voces creativas y entusiastas por la paz*, octubre 25 de 1999.

43 Caja de Herramientas. *Para construir una paz duradera ¡hay que superar las causas de la guerra!*, octubre 23 de 1999, separata especial.

44 Tarrow, Sidney (1997). Op. cit., pp. 217-218.

45 *Ibid.*, p. 215.

legitimidad del Estado y respaldarlo en su decisión de cerrar las posibilidades de negociación con la guerrilla, atribuyendo la responsabilidad a esta y no al Estado por la falta de una política de paz, y proponiendo que se “[actúe] dentro de las reglas”⁴⁶. Todo lo anterior, inscrito en la coyuntura del fin del proceso de paz.

El enmarcado de la resistencia civil, en palabras de Antanas Mockus, Alcalde Mayor de Bogotá para esa época, y quien convocara a la ciudadanía a participar en dichas jornadas, consistía en “[aceptar] que sea únicamente la fuerza pública, respetando los derechos humanos y las garantías que da el Estado Social de Derecho, la que combata a quienes están *levantados contra el país y atacan a la población civil*”⁴⁷.

Sin embargo, como he aclarado anteriormente, en el No Más esta labor de enmarcado, que permite aprehender la política cultural del movimiento, aún no era clara en los discursos de los líderes del movimiento, por lo que debe analizarse la compleja articulación de representaciones sociales que estos promovían.

En las condiciones reales que rodearon la aparición del movimiento del No Más, como hemos visto, había un creciente cansancio social por los sufrimientos e injusticias que la guerra implicaba. Pero el movimiento no se limitaba a reproducir este sobreentendido cultural, lo que se hizo evidente en el hecho de que lo que antes era imputado al Estado, ahora se convertía en argumento para condenar a la guerrilla.

De igual forma, el énfasis en las violaciones al Derecho Internacional Humanitario permitió empezar a visualizar a estos actores como “terroristas”, lo que tendía a desconocer la relación entre conflicto sociopolítico y lucha armada, no obstante la amplitud de reivindicaciones sociales que salieron a flote con ocasión de las marchas.

Igualmente, y a pesar de que la población cada vez participaba más en las movilizaciones, actividades culturales y actos políticos por la paz, el diagnóstico subyacente a la política cultural del movimiento respecto de la indiferencia de los colombianos ante la degradación del conflicto, se traducía en una intención manifiesta de atribuir la responsabilidad del orden de cosas existente no solo a la guerrilla, sino también a la sociedad por su escasa capacidad de reacción.

En un momento posterior, cuando empezó a ser más frecuente el rechazo a la destrucción de infraestructura por parte de la guerrilla que el rechazo por la violación del derecho a la vida presente en las masacres de los paramilitares⁴⁸, los efectos de la política cultural del movimiento serían más visibles.

46 Escobar, Diego. “Resistencia civil y democracia en Colombia en el umbral del siglo XXI”, en *Controversia* No. 182, segunda etapa (junio), Bogotá, Cinep, 2004, pp. 28-29.

47 Fuente: <http://encolombia.com/veterinaria/FENAVI-7.HTM> ; la cursiva es mía.

48 Entrevista a Camilo González Posso, septiembre 24 de 2004.

No era civilismo a ultranza, sino legitimación de la solución de fuerza para terminar la guerra. Además, no había un contenido humanitario claro en las acciones del movimiento, pues existía un sesgo hacia los actos de terror cometidos por la guerrilla. Lo que sí estaba claro era la intención de despertar solidaridades en toda la sociedad "[sin importar] el sexo, la raza o el color político"⁴⁹.

Esta búsqueda de solidaridades es una constante de los movimientos sociales, porque aunque ellos partan de conflictos concretos que no necesariamente atañen a toda la población, el paso de la acción individual a la acción colectiva requiere que su política cultural se proponga tener efectos sobre las culturas políticas dominantes, lo que a menudo entraña un trabajo de persuasión dirigido a una parte más amplia de la sociedad. Es, en últimas, la forma en que los movimientos sociales entran en la competencia por la definición de lo político. De esta manera, el No Más disputó y consolidó un *poder de interpretar* la guerra y de este modo propuso, o más bien legitimó, el ejercicio de la autoridad del Estado en el escenario de la misma.

Pero en el No Más esa búsqueda no era simplemente el medio para el logro de los objetivos del movimiento, era el objetivo mismo de la acción colectiva. Aquí no se trataba de demandas sobre necesidades y recursos; el propósito era incidir en la cultura política dominante, transformar las nociones hegemónicas en relación con el anhelo de paz y legitimar, de forma indirecta, la tendencia que simultáneamente se estaba llevando a cabo en el espacio de las élites y la comunidad política.

Por lo tanto, el éxito principal fue contribuir a erosionar el apoyo que la sociedad había dado a la negociación política de la paz, de lo que se deduce una relación de complementariedad entre el Estado y el movimiento, sustituyendo la histórica relación conflictiva que les ha caracterizado.

Este último aspecto pudo verse con mayor nitidez en un momento posterior. Como ha sido ilustrado por Diego Escobar, sobre las iniciativas de movilización social que intentaban promover una "democracia alternativa" y que no condicionaban la negociación de la paz al cese de hostilidades, cayó la acusación de estar "defendiendo de fondo la idea de una guerra justa"⁵⁰.

Sin embargo, esta afirmación y el hecho de que se hubieran generado efectos probablemente no esperados para muchos de los marchantes, no puede llevar a desconocer la existencia de un movimiento social en el No Más. No era un acto simple de manipulación; la nueva interpretación de la guerra empezaba a consolidarse en el espacio de lo público, acompañando desde lo social lo que ya tomaba forma desde lo institucional.

En suma, las dos dinámicas de construcción de lo hegemónico, esto es, el consenso y la coerción, sucedían de forma simultánea, dando lugar a una paradoja: mientras se

49 El Nuevo Siglo. *Colombia una vez más se manifiesta*, octubre 17 de 1999, p. 8.

50 Escobar, Diego (2004). Op. cit., p. 23.

suscitaba una ampliación del carácter público del debate sobre la paz en Colombia, el contenido de la paz que se hacía hegemónico se reducía a un concepto de paz negativa, es decir, como ausencia de violencia directa. Por un lado, los procesos de movilización del consenso significaban un mayor compromiso y una menor indiferencia de la sociedad civil; por el otro, el contenido de ese consenso haría que en adelante la expresión de la pluralidad social en la reivindicación de paz se redujera al hecho de rechazar los actos de violencia, con lo cual se limitó la capacidad de la sociedad civil para formular propuestas y participar en la construcción de una paz sostenible.

Hoy por hoy, incluso la capacidad y más aún la voluntad de la sociedad colombiana para reaccionar ante la vulneración de los derechos fundamentales se encuentra en entredicho. Quizá la presión de la comunidad internacional y de las víctimas de la guerra o sus familiares contribuya a repensar la legitimidad, no solo de las acciones y omisiones del Estado, sino también las de la sociedad civil.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez, Sonia E., Dagnino, Evelina y Escobar, Arturo, "Lo cultural y lo político en los movimientos sociales latinoamericanos", en *Política cultural y cultura política. Una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos*, Bogotá, Taurus – ICANH, 2001, pp. 17-48.
- Archila Neira, Mauricio "Poderes y contestación (reseña teórico-metodológica)", en: *Controversia*, No. 173, segunda etapa (diciembre), Bogotá, Cinep, 1998, p. 29-56.
- Balaguera Cuervo, Martha Rocío, *El No Más desde la perspectiva teórica de los movimientos sociales*, trabajo de grado, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, Departamento de Ciencia Política, 2004.
- Escobar, Diego y Rodríguez Karin, "El rostro oculto del movimiento ciudadano por la paz: encrucijada o alternativa", en *Controversia*, No. 179, segunda etapa (diciembre), Bogotá, Cinep, 2001, pp. 45-73.
- Escobar, Diego, "Resistencia civil y democracia en Colombia en el umbral del siglo XXI", en *Controversia* No. 182, segunda etapa (junio), Bogotá, Cinep, 2004, p. 20-39.
- Galtung, Johan, *Tras la violencia, 3R: reconstrucción, reconciliación, resolución: afrontando los efectos visibles e invisibles de la guerra y la violencia*, Bilbao, Bakeaz - Gernika Gogoratuz, 1998, 126 p.
- González, Fernán E., Bolívar, Ingrid J. y Vásquez, Teófilo, *Violencia política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción del Estado*, Bogotá, Cinep, 2002.
- González Posso, Camilo, *Hacia el 2006: Las encrucijadas de paz y guerra*, 2002. Disponible en www.indepaz.org.co.
- Lechner, Norbert, "La democratización en el contexto de una cultura posmoderna", en *Revista Foro*, No. 14, Bogotá, 1991, pp. 63-70.

- Múnera Ruiz, Leopoldo, *Rupturas y continuidades. Poder y movimiento popular en Colombia 1968 - 1988*, Bogotá, IEPRI - Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Colombia - CEREC, 1998.
- _____, "La tragedia de lo público", en: *Trans Revista de la Sede Bogotá*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2001, p. 226-244.
- Pécaut, Daniel, *Guerra contra la sociedad*, Bogotá, Espasa, 2001.
- Romero, Mauricio, "Movilizaciones por la paz, cooperación y sociedad civil en Colombia", en *Movimientos sociales, Estado y democracia en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2001, pp. 405-440.
- _____, "La política en la paz y la violencia", en *Análisis Político* No. 45, Bogotá, Iepri - Universidad Nacional, 2002, p. 60-81.
- Sztompka, Piotr, "Los movimientos sociales como fuerzas de cambio", en *Sociología del cambio social*, Madrid, Alianza Editorial, 1995, pp. 303-329.
- Tarrow, Sidney, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza Editorial, 1997.

Prensa consultada:

- Caja de Herramientas. *Para construir una paz duradera ¡hay que superar las causas de la guerra!*, octubre 23 de 1999, separata especial.
- El Espectador. *Que marche la negociación*, octubre 24 de 1999, p. 8-A.
- El Tiempo. *Voces creativas y entusiastas por la paz*, octubre 25 de 1999.
- El Nuevo Siglo. *Colombia una vez más se manifiesta*, octubre 17 de 1999, p. 8.

Entrevistas realizadas:

- Ana Teresa Bernal, septiembre 15 de 2004.
- Camilo González Posso, septiembre 24 de 2004.

Páginas web visitadas:

- www.geocities.com/EnchantedForest/Creek/8238/index.htm
- www.indepaz.org.co